

PLUMA y LAPIZ



M. Obispo Dalgado

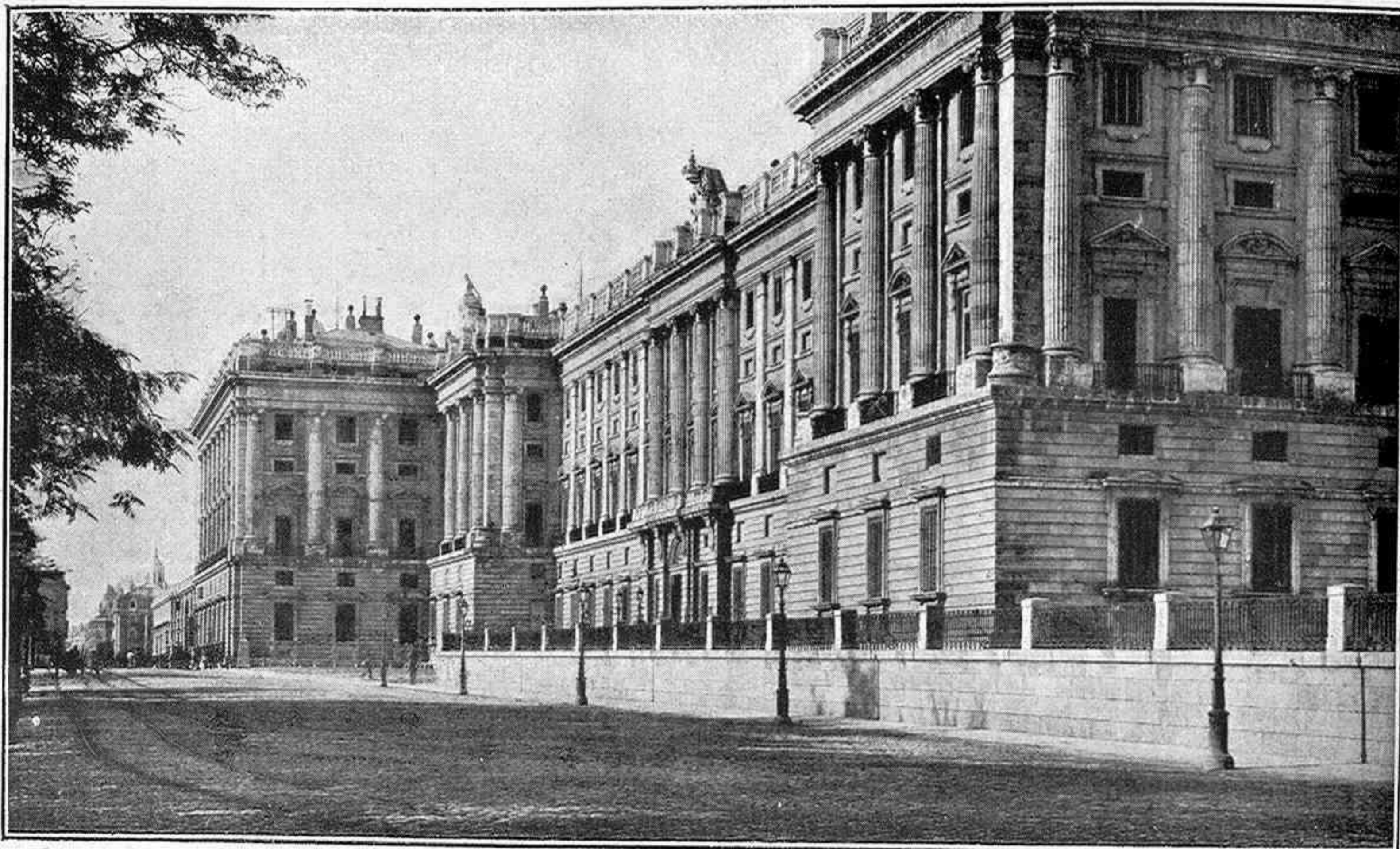
NÚM. 12

EL PALACIO REAL DE MADRID

La suntuosa morada de los Reyes de España ocupa al O. de la Villa y Corte el área en que estuvo el antiguo Alcázar de Madrid, notable edificio, de obscura historia, obra del tiempo de los moros, según unos, de Alfonso VI, según otros, y de incierta fecha, según varios; mereciendo mayor aprecio entre opiniones tan diversas la que fija su fundación en el reinado de Don Pedro.

Escasas son á la verdad las noticias que se conservan del mencionado Alcázar; despréndese empero, de documentos fidedignos, que sufrió un incendio en época de Enrique II, que fué arruinado en parte por un terremoto acaecido en 1466, restaurándolo y mejorándolo Enrique IV, quien falleció en él (1474); que figuró después como fortaleza importante, pues, desde ella los partidarios de Doña Juana *La Beltraneja* opusieron obstinada resistencia á las tropas de la Reina Isabel *la Católica*, y también cuando la guerra de las Comunidades, en cuya ocasión fué sitiado por los madrileños que se levantaron en favor de aquélla; que Carlos V y Felipe II lo reedificaron y ampliaron, comprando los terrenos necesarios para dotarlo de jardines, plazas, parque y caballerías; que los Monarcas de la dinastía austríaca continuaron embelleciéndolo con galerías y salones magníficos, merced al concurso de habilísimos arquitectos, hasta 1734 en que otro incendio lo destruyó casi por completo.

No correspondiendo á la grandeza del Rey de España el edificio del Buen Retiro, única residencia que le quedaba, una vez destruído el Alcázar, formó Felipe V el proyecto de construir en aquel mismo sitio un palacio que en extensión y magnificencia aventajase á los mejores de Europa; y lo consiguió á fuerza de dinero y tiempo, pues desde el día en que se puso la primera piedra hasta 1.º de Diciembre de 1764 en que pudo ser habitado,



trascurrieron nada menos que veintiséis años, siete meses y veintitrés días, sin contar el tiempo empleado en pintar al fresco todas las bóvedas, alguna de cuyas pinturas no se vió terminada en 1797.

No contamos con espacio suficiente para una descripción detallada de esta gran fábrica en que escasean los adornos esculturales; reducidos á la medalla de España y el río Tajo en la fachada principal, San Andrés y Gedeón en los intercolumnios centrales de la banda del N., y á unos grandes escudos de armas en medio de las cuatro fachadas, sobre la cornisa. Forman parte del ornato de escultura varios bustos colocados en los remates acartelados que terminan los pabellones de las esquinas. Según el plan primitivo, coronaban toda la balustrada las estatuas que se hallan instaladas en varios puntos de Madrid y que se quitaron so pretexto de que hacían mucho peso.

El magnífico salón de Embajadores, el más rico y vasto del Palacio, ocupa el centro de la fachada principal, en la que tiene cinco balcones. Así éste como los demás salones y departamentos, están adornados con la riqueza y suntuosidad que corresponde á un edificio de tal grandiosidad, siendo notabilísima la colección de mármoles empleados en los pavimentos de todo el cuarto principal, en las jambas y dinteles de las puertas del mismo y en los frisos y las chimeneas. Merecen también especial mención los espejos, arañas, mesas, relojes y colgaduras, hallándose en toda clase de muebles lo mejor que ha producido el arte extranjero y nacional.

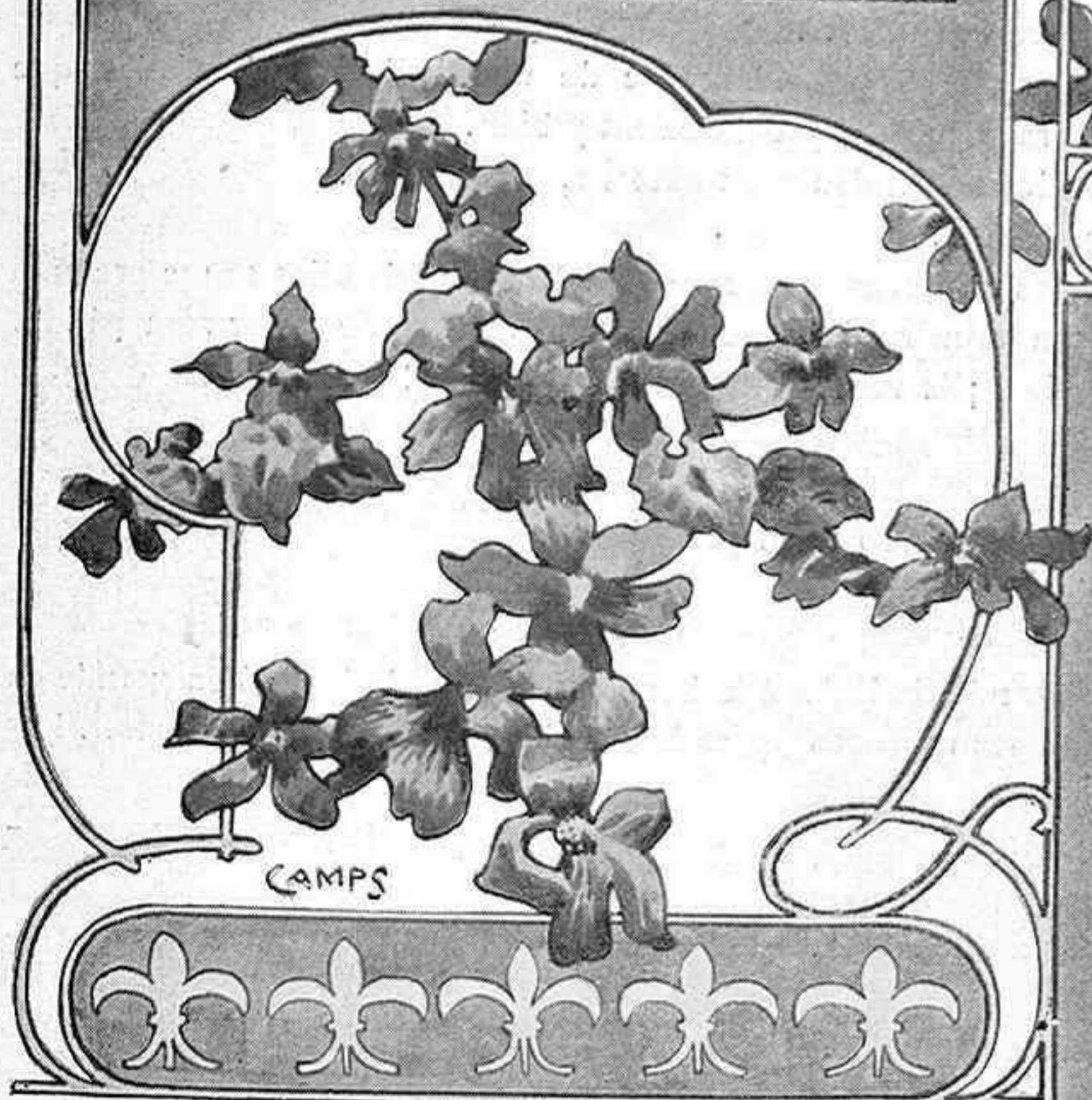
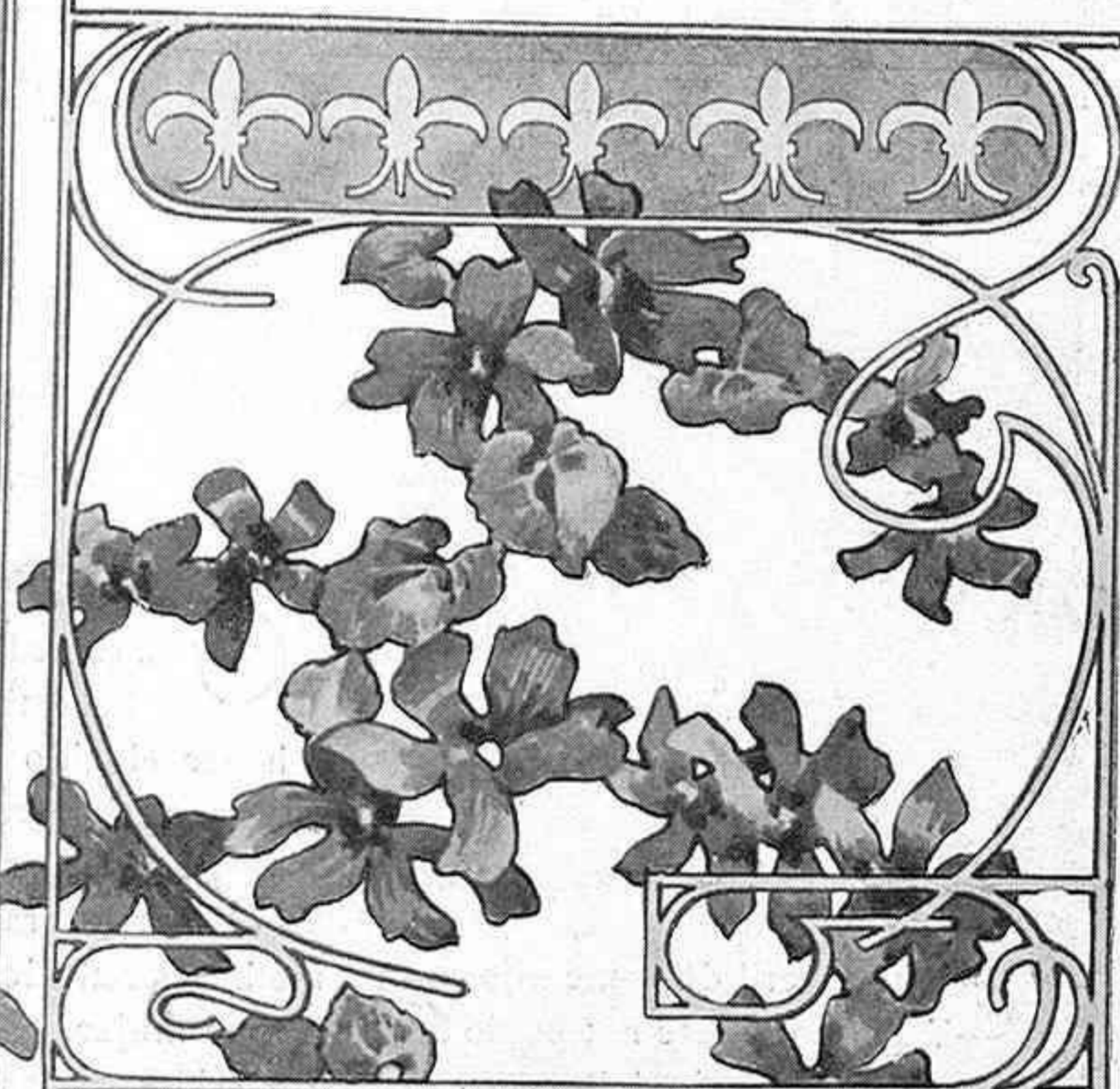
Es objeto de particular admiración, en el regio recinto, por su riqueza material y artística, la Capilla Real con sus dieciséis columnas de mármol negro, de una sola pieza, sus esculturas y sus frisos, y las reliquias y alhajas de inmenso valor que en cerradas estanterías conserva.

En ese hermoso templo, unirán sus destinos dentro de pocos días y con autorización de las Cortes, los jóvenes príncipes, cuyos retratos publicamos en la siguiente página.

Fotografía de Hauser y Menet.

LA PRINCESA DE ASTURIAS

Hija primogénita del malogrado Alfonso XII y de la augusta dama que rige los destinos de la nación española, S. A. R. Doña María de las Mercedes, nació en Madrid, el día 11 de Septiembre de 1880. Cuenta, pues, 20 años de edad y goza de generales simpatías, no sólo por su belleza y distinción, sino también por la modestia y bondad que en todos sus actos resplandecen.



DON CARLOS DE BORBÓN

CAPITÁN HONORARIO DE ESTADO MAYOR, EN EL
EJÉRCITO ESPAÑOL.

Es hijo del Conde de Caserta, nació en Gries (Austria), en Noviembre de 1870, y descende del hijo segundo de Carlos III, Rey de España, que ciñó las coronas unidas de Nápoles y Sicilia, con el nombre de Fernando I.



LA BAILARINA

Qué remedio? Cuando un hombre se enamora, no repara en nada. Sebastián que, joven, rico, sentimental, alma de artista, podía haber elegido entre las mil mujeres que conocía, una señorita, una persona del gran mundo...

Pues se enamoró perdidamente de una bailarina. Verdad es que la bailarina era preciosa, y bailaba muy bien.

—Estoy perdido,—me dijo,—no me hagas reflexiones, Eloisa me trastorna, me fascina.

—Y ¿cómo te fascina; como artista, como mujer, como...?

—¡Como bailarina! Por eso la prefiero á todas las mujeres que conozco. Ninguna de ellas se me presenta así, con esos trajes aéreos, esas gasas, esas piernas tan admirables, esos zapatitos de raso de color rosa pálido. Y luego, ese modo de bailar sobre las puntas de los pies. ¡Es verdaderamente voluptuosa!

—Sí, eso es cierto, he visto pocas tan notables.

—Pues entonces, ¿qué es lo que te extraña?

—¡Nada! Lo que quiero evitar es que te gastes con ella cinco ó seis mil duros.

—Y diez mil y veinte mil me gastaré; ¡no lo dudes!

—¡Allá tú!

Y con efecto, mi buen Sebastián sacó del teatro donde bailaba á la hermosa Eloisa, la instaló en grande en un precioso entresuelo que amuebló y adornó con sumo gusto, para hacer de él un nido de amores... Los abonados del teatro y el público sintieron mucho la ausencia de la *estrella* del baile, pero á Sebastián le tenía eso sin cuidado; la quería mucho, ella le quería á él, y se alejaron del mundo y de la sociedad y comenzaron á vivir el uno para el otro.

Pasaron dos meses sin que los amigos viésemos á Sebastián. Su íntimo amigo Robral, tan rico como él, tampoco tenía noticias suyas.

—Yo no sé nada,—me dijo un día que le encontré en la calle.—Yo también ando distraído, estoy *encerrado* con una costurera muy bonita con la cual creo que me casaré pronto...

—¡Pero, hombre!

—Sí, creo que llegaré hasta eso, porque mi Paca es la persona más amable del mundo. He resuelto con su amor un gran problema.

—¿Cuál?

—Tengo diez ó doce mujeres en una sola.

—¿A ver, á ver?

—Pues, un día la visto de chula, y todo aquel día creo que es una de esas madrileñas del pueblo, con la diferencia de que mi Paca es limpia y bien hablada... otra vez la visto de charra salamanquina, y me figuro estar en amores con una de aquellas de Ciudad Rodrigo. A la otra semana la visto de Venus...

—¡Qué cosa tan original!

—¡Y tan original! ¿No te digo que Paca es una y todas?

—¡Sea enhorabuena!

Y nos despedimos. A los ocho días de este encuentro, recibí carta de Sebastián. Decía así:

«Querido amigo mío: necesito de ti, me suceden cosas graves, ven á verme en seguida.»

Leer la carta, echarme á la calle y tomar un coche, fué obra de cinco minutos.

Llegué al entresuelo aquél, al nido de los enamorados, y, como dicen los novelistas por entregas:—¡Qué espectáculo se presentó ante mis ojos!—Eloisa, la célebre *estrella* de marras, estaba tendida en el suelo dando gritos y patadas al aire. Dos criados le sujetaban las piernas y la cabeza. Sebastián gritaba:

—¡Me voy á matar!

Por el suelo había platos, vasos, botellas; se adivinaba que la *bronca*, como ahora dicen los madrileños distinguidos, había sido de sobremesa.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa?—exclamé.

Los criados se llevaron á cuestas á la ex bailarina famosa, y Sebastián me dijo:

—¡Que un día... la mato!

—¡Hombre, por Dios! ¿Y por qué?

—Siéntate y respóndeme. ¿Por qué me enamoré yo de Eloisa?

—¡Pues porque te gustaría mucho!

—¿Y por qué me gustaba tanto?

—No sé... tal vez porque bailaba muy bien.

—¡No! ¡Porque era *bailarina*! Porque me trastornaba vestida de bailarina... Tú, cuando ves á una de éstas bailando en escena, ¿te acuerdas ni admites que esté vestida de bata?

—¡Ah, no; eso no!

—¿No es verdad que te encanta con sus falditas cortas de gasa y sus zapatitos de raso rosa?

—¡Es claro!

—¡Pues ahí tienes! ¡Me he gastado un dineral en sacar á Eloisa del teatro, en ponerle esta casa, y desde que vivimos juntos no la veo más que de bata!

—¡Ah!

—Y yo quiero, exijo, me da la gana de que se vista de bailarina para mí y de que baile para mí solo, y se niega y dice *que eso es en el teatro!*

—Sí señor,—exclamó Eloisa, apareciendo toda descompuesta y desgredada,—eso es *para el público*, pero no para el hogar doméstico.

—¡Pues te vuelves al teatro! ¡Esto es una estafa!

—¡Esta misma noche!

—¡Adiós para siempre!

—¡Adiós, estúpido!

En aquel momento llegó Robral.

—¡Hola! ¿qué hay? ¿qué quieres?—le dijo á Sebastián,—acabo de recibir tu carta.—Y cuando le explicamos el caso se echó á reír y dijo:

—Bueno, pues arreglarse; yo me voy, porque mi Paca me está esperando vestida de *odalisca* y tenemos comida turca!

EUSEBIO BLASCO



DEL NATURAL

—No, como buena mujer, es buena la Encarnación porque Dios quiere.

—¡Qué graciosa! Y aunque no quisiera Dios lo sería.

—Di tú que ella no tuviera esa lesión en el ojo.

—¿Cuál, la nube? La nube le hace favor.

—Tanto como eso...

—Se lo hace aunque digas tú que no, y además tiene el otro ojo, que es un ojo superior.

—Eso es verdaz. —Vamos, hay que reirse del carbón de coke. ¡Mira que es negro, y grande y hermoso!

—No, sí, como buena mujer, es buena la Encarnación. —Y que se trae muchas cosas en el ojo.

—Sí, señor. Lo que se ve no se puede negar.

—Muchacho, yo estoy atocinao, pero cómo, es que atocinao del too por esa tía. Parece una desageración, pero desde que nos vimos en el café del Vapor la primera vez yo y ella, va hace cuatro meses hoy, y nos miremos las caras á un mismo tiempo los dos, me he vuelto más animal que los del resguardo, y no se pasan cinco minutos sin que suelte alguna coz. —Eso casi es natural, Atilano.

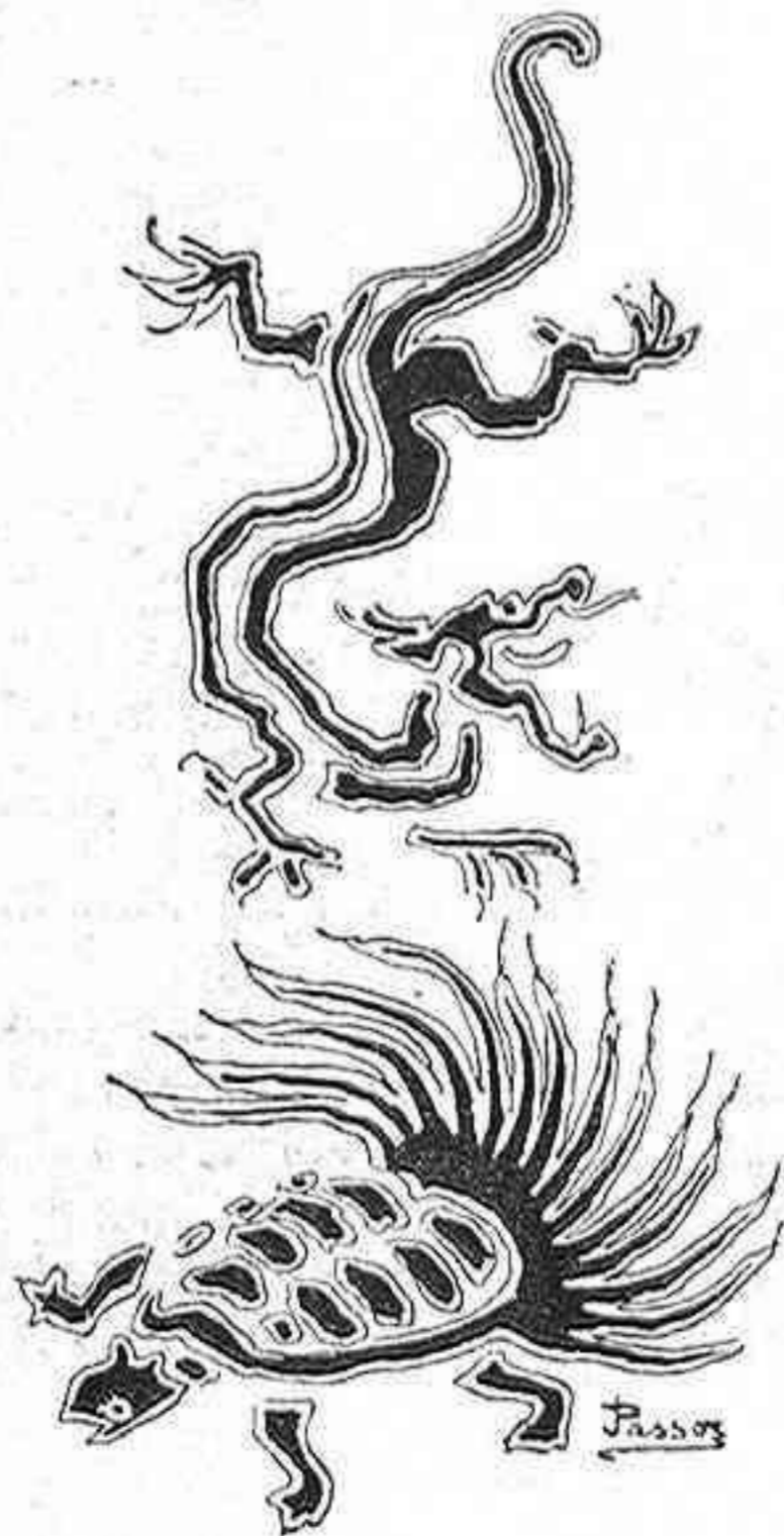
—Lo peor es que luego me atortolo y tengo ca distración que despampana. Antiyer por la tarde estaba yo con el *Corrompe* acabando de arreglar el mostrador de una tienda de bebidas de la calle Palafox, y por coger la garlopa metí mano en el cajón de los cuartos, y saqué trece reales.

—¡Anda Dios! ¿Y te los guardastes?

—Claro que me los guardé; pues no, que iba á volver á meterlos pa que me hiciera un favor el tabernero, si hubiese oservao la operación.

—Oye, ¿y te da eso á menudo?

—Carcula; como que estoy siempre así. ¿Pues y en mi casa? Allí es una cosa atroz lo que me distraigo. Llego del taller á lo mejor, y en lugar de saludar, que es lo que hacen casi toos los que tienen tan siquiera tanto así de educación,



resulta que sin querer le arrimo una torta ó dos á la pobre Marcelina, y hasta que ella dice ¡Sool... no me entero de lo que hago. —¡Puedel!

—Lo mismo que el sol. Después me tumbo en el catre pensando en la Encarnación... —Sí, y ecétera.

—No es eso. —¡Mía que!...

—Palabra de honor que no es eso, Lucas; es que por las mañanas voy á lavarme en la cofaina, antes de ir al obrador, y me se olvida y después no me layo ni pa Dios en jamás.

—Ya te se nota sin que lo azviertas.

—Si estoy hecho por esa mujer lo que se dice un lechón. —Tú tienes la culpa.

—¡Claro!

—¿Por qué no le hablas? —¿Quién, yo?

—Naturalmente. —¡En seguida! ¿Pa que me largue una coz en cuanto que me aprosime á pedirla ese favor? ¡Pues, chico, menudo lujo me gasta la Encarnación! ¡Mira que ahora lleva un par de botinas de charol, que hay que mirarlas!

—¿Y qué? Como si llevara dos. ¿No vive con un huevero de la calle del Fazor que la viste y la mantiene? —Sí.

—No la da Melitón tres pesetas ca semana, como ya sabemos toos, pa extraordinarios?

—También. —¿No está enredá con Eloy y ella le paga los vicios, porque él no tiene un botón? —¡Me parece!

—Pues entonces, ¿qué te importa, so *magoy*, que la Encarna gaste efetzos de más ó menos valor, mientras tanto que congenie con ese par de gachós? Tú lo que debes hacer es aguardar la ocasión de que el huevero se marche, y un día que esté de humor ella, te lavas tú bien con estropajo y jabón, pa que te se noten algo las faciones...

—Sí que voy á hacerlo.

—La ves, la esplicas la cosa, aceta, y ya sois parientes.

—Si azmite.

—Azmite. ¡Pues buena es la Encarnación! Esa mujer en su vida le ha dicho á nadie que no.

■ J. LÓPEZ SILVA

A. FABRÉS



REY DE ARMAS.

AL FIN DE LA JORNADA

HABÍA vivido hartó de prisa.

Madrid y París me tendieron lazos tentadores, y mi juventud pasó de orgía en orgía. Cuando á los veinte años llegué á la Villa y Corte me conceptuaba invulnerable contra los tiros de la disipación. Trabajé con empeño los primeros años, y mi nombre se pronunciaba con respeto en la Universidad. Después, me separé del camino del deber, y protegido por la fortuna reuní un capital enorme que sirvió para hundirme en el fango del vicio.

En París no regateé el precio á mis locuras y las realicé famosas, siendo el terror de los empresarios á quienes privaba de sus más aplaudidas *estrellas*. Este género de caprichos me proporcionó el honor de recibir un balazo de manos de un empresario de buen pulso, al cual devolví dos meses más tarde la atención, atravesándole de una estocada.

Aquel período de fiebre y de locuras, minó mi naturaleza, y un médico, amigo sincero, me aconsejó el reposo, y me anunció que estaba herido de muerte.

—Huye de París, — me dijo — regresa á tu España, y en un rincón de clima suave, procura combatir los gérmenes de la enfermedad que te consumirá si no lo haces.

Desprecié su leal recomendación, y medio año después, la fortuna hizo girar su rueda en sentido inverso, y salí de Francia con el cuerpo aniquilado y el alma agostada.

Al pisar la frontera de la tierra patria sentí una emoción intensa de consuelo y bienestar, y por primera vez en muchos años, ¡me acordé de mis afligidos padres!

La escena de mi llegada á la aldea no cabe en los límites de estos apuntes. Mi padre se puso en pie al verme, y me miró impasible: mi madre se abalanzó á mi cuello, y si no me quitan de sus brazos me ahoga. ¡Qué explosión de cariño y de dolor!

El viejo, al fin, me estrechó la mano conmovido, y por sus mejillas curtidadas rodaron abundantes lágrimas.

Mi país es frío, y como mi estado exigía una tem-

peratura templada, dispusimos mi viaje á la hermosa ciudad alicantina.

Permanecí un mes al lado de mis amigos de la niñez, y la fe, que había muerto dentro de mi alma, renació como el Fénix de sus cenizas.

Aquel perdón sin condiciones, aquellos sublimes rasgos de amor maternal, aquellos desvelos por mi restablecimiento, fueron podadera eficaz que desmochó la maleza que rodeaba mi corazón. ¡Los sentimientos nobles de la infancia germinaron de nuevo en mi alma!

En el viaje al puerto de Alicante me acompañó Federico, mi hermano menor, que nunca había salido del pueblecito donde nació. A últimos de Septiembre llegamos á Alicante, y nos hospedamos en la fonda de la Marina. ¡Qué hermoso panorama se desarrollaba ante nuestros ojos! Horas y horas permanecíamos contemplando los buques de vela, los vapores y las lanchas que llenan el puerto alicantino, y mi hermano exclamaba, fijando una mirada animosa en la inmensidad:

—¡Tú sí que has visto mundo!

Acaso el desterrado soñaba en imitar á su hermano, sin escarmentar con el terrible ejemplo que le ofrecía mi cuerpo ruinoso y consumido.

La suavidad del clima me ayudaba á resistir los embates de la fiebre, pero mi aplanamiento moral se acentuaba, y sentía torturas inexplicables, angustias infinitas...

Un suceso trivial, al parecer, vino á despertar las energías de mi alma, y á preocupar mi imaginación. En el paseo de los Mártires había encontrado varias mañanas á dos ancianos de venerable aspecto que acompañaban á una niña de unos dieciocho años, de tez pálida y hermosos ojos azules, en los que se reflejaba profunda tristeza. El encuentro se repitió durante dos semanas, é instintivamente cambiamos afectuosos saludos.

Un día de Octubre, al asomarme por la mañana al balcón, dirigí la vista á un mirador cercano á la fonda, y me sorprendí viendo en él sentada en una mecedora á la joven pálida del paseo.



Produje intencionadamente ligero ruido en los cristales, y la niña, que leía en un volumen ricamente encuadernado, separó la mirada del libro y la fijó en mí. Incliné la cabeza, y ella hizo lo propio, continuando después embebida en su lectura, mientras yo clavaba mis ojos alternativamente, en el horizonte azulado, en el mar sin oleaje y en el rostro nacarino de la doncella.

Federico, de quien yo no me acordaba, llegó á sacarme del plácido arrobamiento, preguntándome sencillamente:

—¡Mucho miras á la vecinita! ¿Estás enamorado?

Me retiré precipitadamente de mi observatorio, confuso y avergonzado por la revelación que encerraban las palabras de mi hermano. ¿Amaría yo á aquella niña? ¿Tenía derecho á turbar su sosiego ofreciéndola mi cariño? ¿No sería una acción reprobable encender en su pecho un amor que podría acelerar sus días contados?

Más de una hora permanecí luchando con la afición que brotaba en mi corazón, y el deber que me aconsejaba el olvido y la indiferencia. Salí de nuevo al balcón y, al contemplarla, se me antojó su rostro más pálido, pero más interesante, más angelical.

No sé si esperaba mi salida, pero vi con orgullo que en sus labios jugueteaba una sonrisa dulce que la embellecía. Aquello decidió la lucha, y me prometí oír la voz del deber, y desobedecerla.

Ocho días más tarde, sin entendernos por medio de sonidos, mi encantadora desconocida y yo sosteníamos elocuentes diálogos mímicos; y supe que se llamaba Blanca, que padecía del pecho, y ¡que pensaba morir muy pronto!

Quedé aterrado al comprender que no exageraba. Su constitución débil no podía sostener la batalla, y su cuerpo iba perdiendo fuerzas de día en día visiblemente.

Yo, por el contrario, iba mejorando y me juzgaba con alientos para acometer grandes empresas, vigorizado por aquel soplo de amor noble y leal.

Una mañana de Noviembre fría y desapacible, apareció el cielo encapotado. Blanca no pudo salir al mirador, y yo experimenté un acceso de ira contra la Naturaleza que me robaba dos soles: el del cuerpo y el del alma.

Al día siguiente las nubes se rasgaron y lució el astro rey, pero el mirador continuó desierto. Encargué á Federico que se informase de la causa de ausencia tan dolorosa, y momentos después regresaba aquél con el semblante triste.

—¿Cómo está Blanca?—le pregunté.

—¡Lo mismo!—me respondió.—Ahora saldrá al mirador.

De un salto llegué al balcón, y ¡qué espectáculo se ofreció á mis ojos!... Mi bella amada yacía en su mecedora, y sus padres y otras personas la rodeaban. Mi presentación repentina llamó la atención á cuantos formaban el grupo: Blanca me envió una amarga sonrisa.

Federico que se hallaba detrás de mí, quiso separarme del balcón; pero yo me negué á ello. ¡Todo mi sér se reconcentraba en la escena que presenciaba, muda y terrible. Quería correr al lado de la joven enferma; pero me asaltaba el temor de llegar tarde, y no recoger su último suspiro, ni recibir su mirada postrera.

Transcurrió media hora de ansiedad. Blanca se incorporó en la mecedora, dirigió durante un segundo la mirada de sus pupilas vidriosas hácia mí; la fijó en seguida en las de sus padres que se inclinaron alarmados; miró por último al cielo que se mostraba azul y sereno, y echando la cabeza sobre el respaldo, quedó inmóvil...

De lo que después ocurrió me ha enterado mi pobre hermano. Me retiró desmayado del balcón, y permanecí en cama ocho días con delirio y calentura... Tan pronto como el médico me autorizó, nos trasladamos á Valencia, la ciudad florida, para olvidar aquel episodio de amor tan puro como fugaz.

Los ancianos padres de Blanca embalsamaron el cuerpo de su hija querida, trasportándolo á Teruel de donde eran naturales.

Yo no progreso en mi curación y abrigo la dulce esperanza de reunirme en breve en otro mundo ¡á la joven pálida, á quien reclamaré el pedazo de alma que me robó al morir!



Ilustraciones de M. PEDRERO.

FLORETE



TEATRO ALBU. — HABANA.

Fot. R. Corral y Martínez.

PASATIEMPOS

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

RETAJO

RAMÓN BOTELLA.

CHARADAS

Sobre *primera segunda*,
 todos los seres descansan;
 se le llama á un vendedor,
primera, tercera y cuarta,
 cuando de sus mercancías
 en el precio se propasa;
 y mi *todo* en los cafés
 constantemente se halla.

ANAGRAMA

A. C. D. E. G. H. I. J. L. M. N. O. Q. R. S. T. U. V. Y
 7-2-4-7-1-1-2-1-2-2-3-2-1-2-2-2-2-2-1

Repetir una letra tantas veces como indica el número que lleva debajo la misma y formar con ellas el nombre de un célebre escritor español del siglo xvi y el de una de sus mejores obras que le ha dado fama imperecedera.

ENRIQUE CEPILLO.

JEROGLIFICO

```

                * o o o o o o o o o o o
    o o o o o o * o o o o o o o o
                * o x o o o o o o o
o o o o o o o o o o o o o o o o * o o
                o o o o * o o o
                o o * o o o o o o o o
    o o o o o o o o * o o o o o o o
                o o * o o o o o
                * o o o o o o o o o o o
    o o o o o o o o o o o o * o o o o o
    o o o o o o o o o o o o * o
    o o o o o o o o * o o o o o o o o
    o o o o o * o o o o o o o o o o o
    
```

Substituir las estrellas y ceros por letras; de modo que las estrellas formen el nombre de un autor del género chico y los ceros varias de sus obras.

N. BAU.

Las soluciones irán en el número próximo.

SOLUCIONES Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO 10.

Charada. — Lapidario.

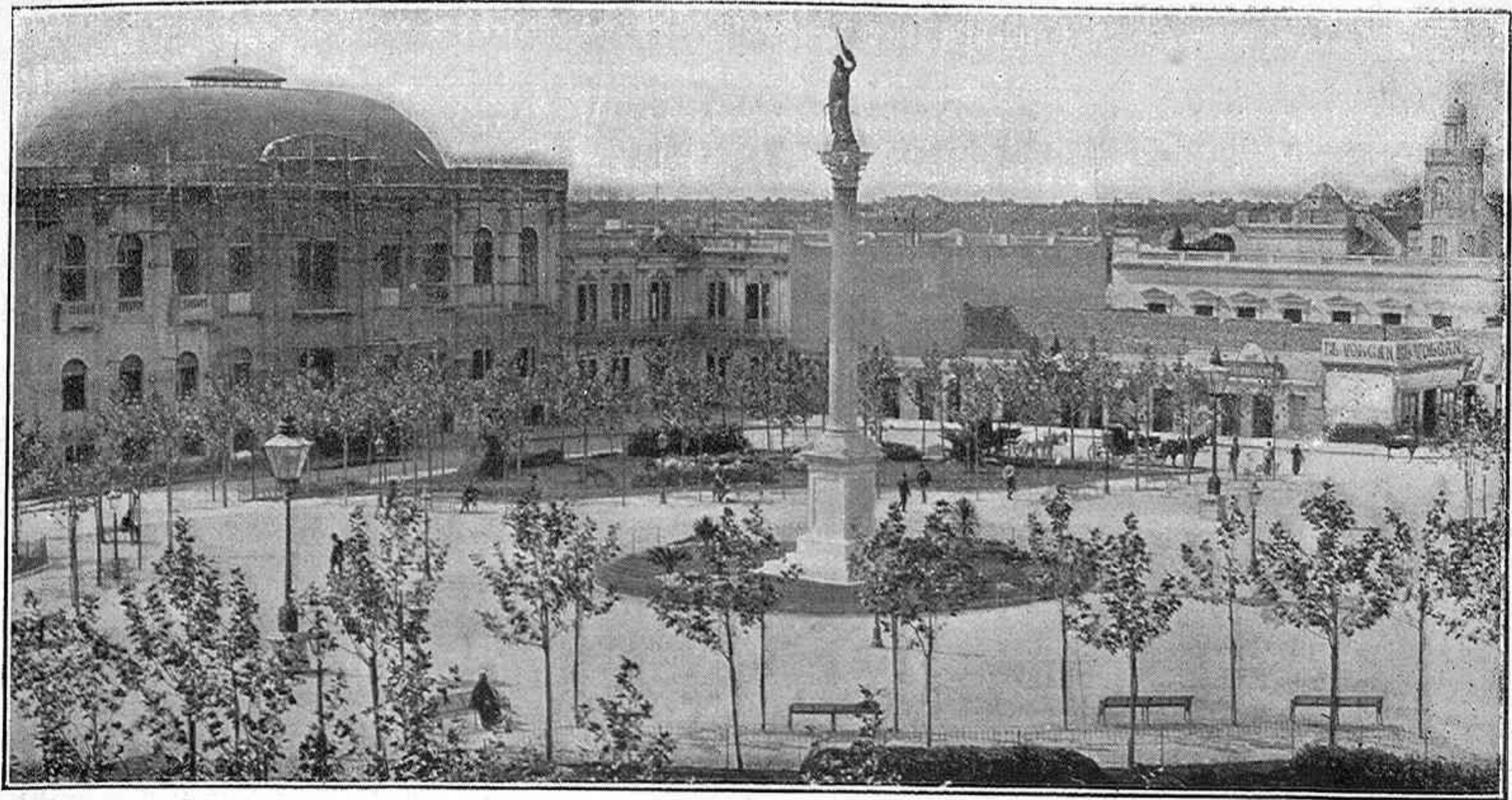
Frase hecha. — Castañera.

Jeroglífico comprimido. — Letrado.

Jeroglífico. — Viaje de novios.

Metótesis. — Reconocer.

NOTA.—No se devolverán los originales, aunque dejen de utilizarse.



MONTEVIDEO, VISTO DESDE LA PLAZA CAGANCHA.

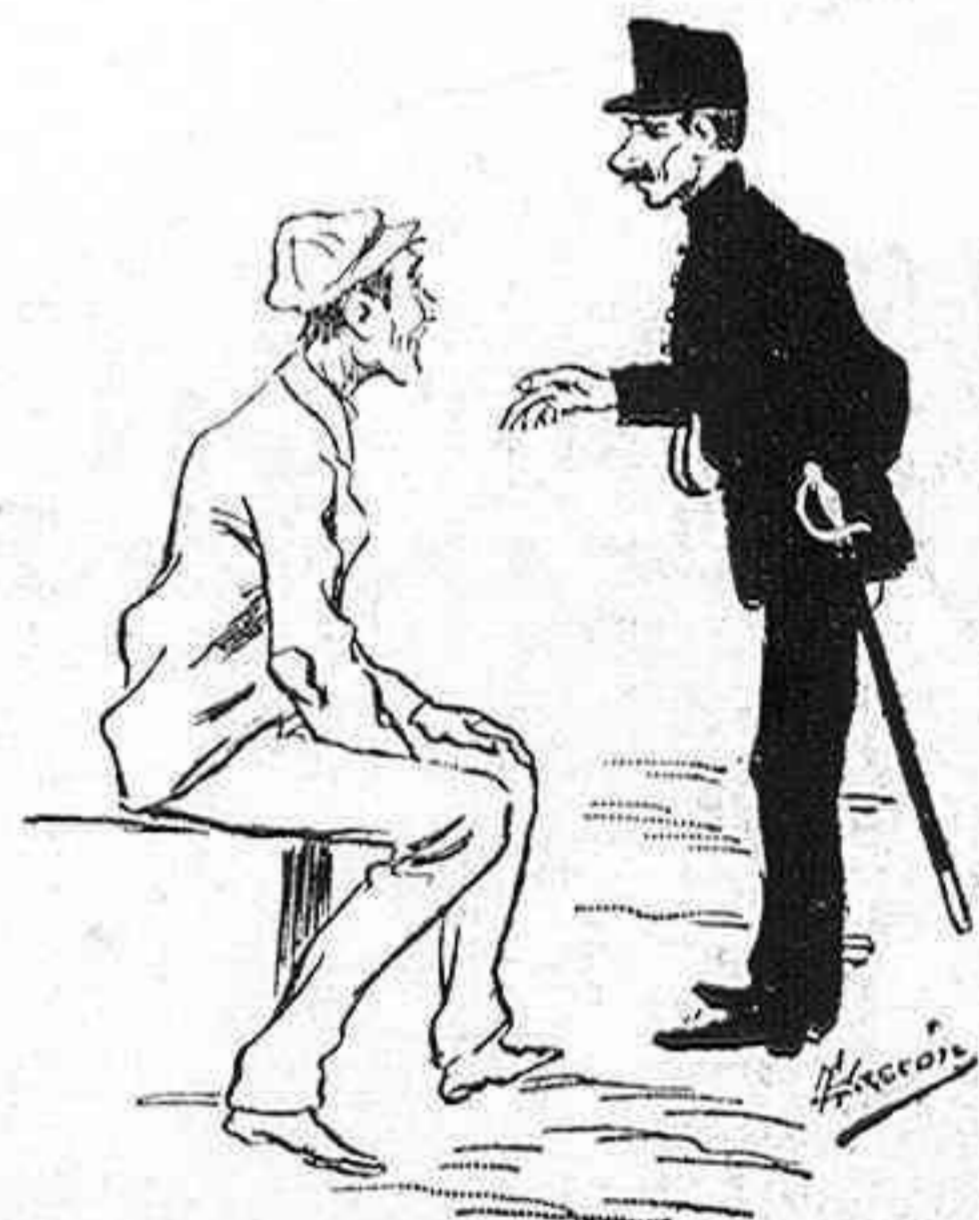
HISTORIETAS; por T. Gascón.



—¡Cinco días sin comer! ¡ni esperanza! ¡Ah!, por allí viene el señor Alcalde; ahora, ahora me colocará.



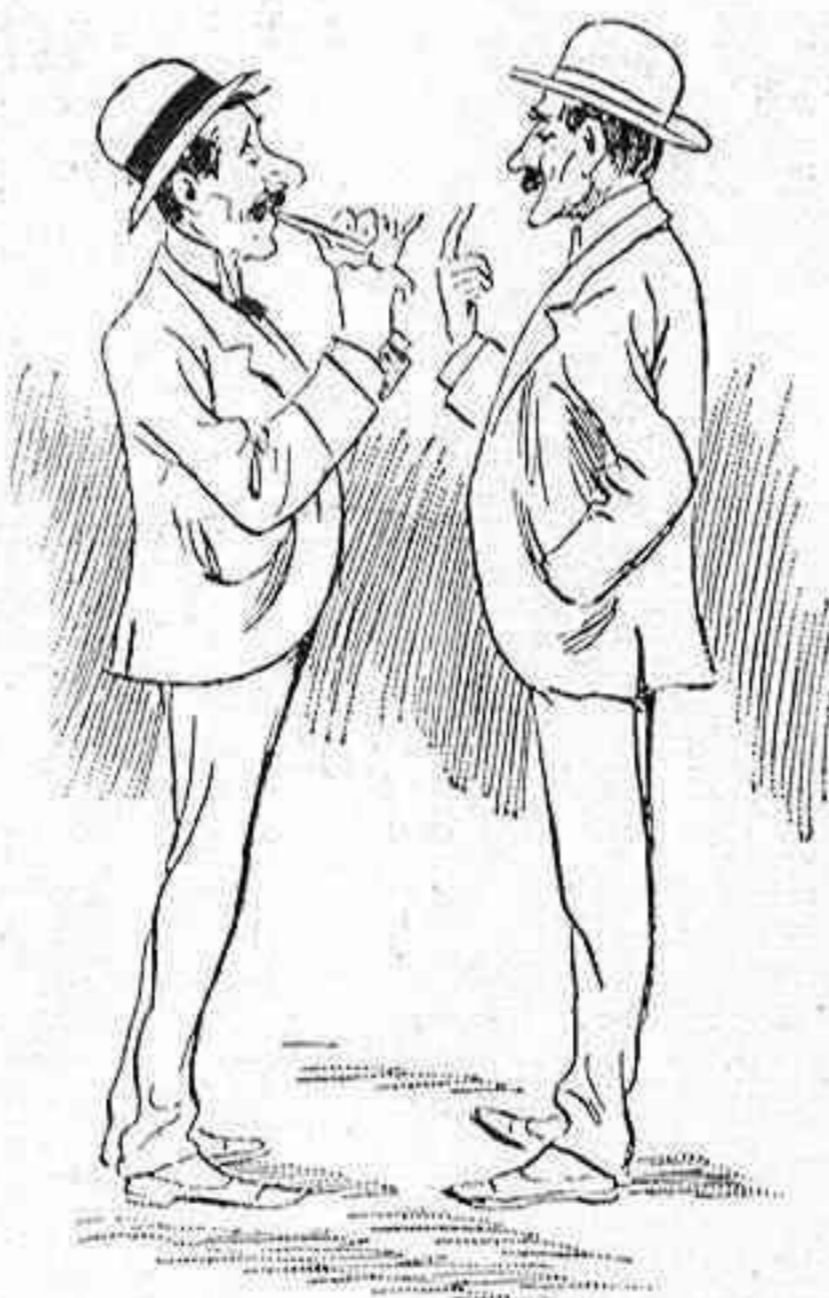
—¿Pero está V. loco? ¡bandido, miserable!
—No, señor Alcalde, obro con pleno conocimiento.



—¡Pero hombre! pegar al señor Alcalde! De aquí á la cárcel y á presidio. ¿Sabe V. lo que ha hecho?
—Darme una colocación duradera.



—Toma un cigarro.
—Pero, hombre, si sabes que no fumo.



—Con el dinero que llevas gastado en tabaco, podías tener un hotelito de tu propiedad.
—¡Je... je...!



—¡Ea! llévame á ver tu hotelito.
—¿Qué hotelito?
—El que te has hecho con los ahorros del tabaco.

Fot.-Tip.-Lit. del «Album Salón.»

